

Gordiano III y las puertas del templo de Jano: ¿pervivencia o renacimiento de la religión tradicional romana?

Miguel P. SANCHO GÓMEZ
Universidad de Murcia

Resumen

El emperador Gordiano III (238-244) fue el primer gobernante romano en más de doscientos años que procedió a realizar la ceremonia de abrir las puertas del templo de Jano en Roma antes de marchar a la guerra contra Persia. La costumbre, iniciada por el rey Numa Pompilio y prolongada en los tiempos republicanos, fue llevada a cabo por última vez por Augusto y por Vespasiano pero cayó en desuso después. El autor realiza algunas propuestas acerca de la cuestión y analiza el devenir de la religión romana desde el siglo III hasta las leyes de Teodosio y la victoria del cristianismo, que convirtió al culto y los templos paganos en enemigos del poder imperial.

Abstract

The emperor Gordian III (238-244) was the first roman ruler in more than two hundred years that proceeded with the religious ceremony of the opening of the gates of the temple of Janus in Rome, before marching to the war against Persia. The custom, started by the king Numa and kept in the Republican Rome, was made for the last time by the emperors Augustus and Vespasian, but later on came into oblivion. The author makes some propositions about the matter and analyses the developing of the Roman Religion from the Third Century to the Theodosian laws and the victory of Christianity who turned the pagan cults and temples in enemies of the Imperial Power.

Palabras clave: Gordiano III, Jano, religión romana.

El emperador Marco Antonio Gordiano, conocido como Gordiano III (238-244)¹, encuadrado en la denostada tradición de los *principes pueri*, marca un punto

1. Resultan de gran utilidad los trabajos sobre este emperador realizados por A. NICOLETTI, "La política legislativa di Gordiano III. Le costituzioni ai militari," *Koinonia* Flor. Il., 21 (2010), pp. 371-392.

muy importante en el desarrollo de la Historia de Roma en ese siglo². Pero a diferencia de un Cómodo o un Heliogábalo, su juventud extrema no se convirtió en un obstáculo para que se convirtiese en un buen gobernante, ya que aceptó en todo momento el asesoramiento y consejo de un equipo de gobierno experto y efectivo, cuya cabeza visible no era otra que el Prefecto del Pretorio Timesiteo, un capacitado administrador de grandes dotes políticas y “genio” de la logística³. De todos modos, pese a recordarse al último Gordiano como un monarca querido y muy popular, cayó víctima de las crecientes intrigas de un oscuro personaje, que después de erigirse en nuevo Prefecto del Pretorio a la muerte sospechosa de Timesiteo, iba a terminar por monopolizar casi todo el poder tras extender sus tentáculos paulatinamente, para al final de su plan mandar asesinar al joven Gordiano, una vez comprobó asegurada su propia posición⁴. Hablamos de Marco

2 (1978), pp. 43-56 y *Sulla politica legislativa di Gordiano III*. Studi, Napoli, 1981; véase para la iconografía y representaciones de poder de su reinado M. WEGNER, *Gordianus III bis Carinus*, Berlin, 1979, y más recientemente el estudio sobre leyes de E. OSABA, *Gordianus rescriptit. Rescritos de Gordiano III en materia dotal dirigidos a mujeres*, Bilbao, 2000.

2. La historiografía pagana de los siglos III al V miró siempre con desagrado y muy poca confianza a los monarcas excesivamente jóvenes, por los frecuentes casos acaecidos en los que estos príncipes se entregaban a un sinfín de excesos, sufriendo inclinaciones a los vicios y los placeres, que les apartaban de sus responsabilidades y deberes de gobierno. Ejemplos variados pueden encontrarse en Herodiano I 3, 1-5; *S.H.A., Los tres Gordianos* 31, 5; *Máximo y Balbino* 15, 2; *Tácito* 6, 5. Cf. E. CONDE GUERRI, “Ambivalencia de la edad avanzada como garantía del *optimus princeps* (SHA y Herodiano)”, en E. CALDERÓN DORDA, A. MORALES ORTIZ, M. VALVERDE SÁNCHEZ, (eds.), *Koinòs Lógos. Homenaje al profesor José García López*, Murcia, 2006, pp. 187-196.

3. *S.H.A., Los Tres Gordianos* 28, 2-5. Cf. para este personaje F. KOLB, *Untersuchungen zur Historia Augusta*, Bonn, 1987 pp. 52-133, y para la figura del Prefecto del Pretorio, L. L. HOWE, *The Pretorian prefect from Commodus to Diocletian: A.D. 180-304*, Rome, 1966.

4. *S.H.A., Los Tres Gordianos* 28, 1 y 6; Jordanes, *Historia Romana* 282, p. 36, 27-31; *Epitome de Caesaribus* 27, 1-3. Cabe destacar que normalmente los autores paganos muestran una clara hostilidad hacia el emperador Filipo; aquí es acusado de envenenar a Timesiteo, ocupando su puesto de Prefecto del Pretorio, y de paso privando al joven emperador de su principal apoyo y consejero. Véase el desarrollo completo del complot en Zósimo I 18, 3 - 19, 1. La crítica actual, demasiado deseosa, a nuestro entender, de restar credibilidad a las fuentes de orientación senatorial, se ha apresurado a defender la actuación de Filipo y combatir ciertas noticias de los autores tardíos. G. W. BOWERSOCK, *Roman Arabia*, London, 1978 p. 123, afirma que la teoría del envenenamiento de Timesiteo es falsa, y que su fallecimiento fue originado por una enfermedad; desconocemos el motivo de su razonamiento, pues las fuentes ofrecen las dos versiones, a veces incluso sin pronunciarse. La posibilidad de que Filipo y Timesiteo hubiesen sido colegas en la

Flor. II., 21 (2010), pp. 371-392.

Julio Filippo *el Árabe*, que tras ser proclamado emperador en 244, retiró sus ejércitos en plena campaña militar oriental, llevándolos desde Persia con destino a Roma, donde cuatro años más tarde celebraría el aniversario Milenario de la ciudad con extraordinaria pompa, y trataría de instaurar una nueva dinastía en el Imperio asociando a su hijo a la púrpura⁵.

Pero antes de suceder todo ello, cuando el joven Gordiano III se encontraba firmemente asentado en el poder, vemos cómo procede a actuar en defensa de las

Prefectura del Pretorio no prueba de ningún modo la ausencia de una trama de Filippo para asesinarle, y en cualquier caso, el ejercicio de la Prefectura simultáneamente por tales personajes es sólo una opción: pudo ser Cayo Julio Prisco, hermano de Filippo y posteriormente *rector Orientis*, el Prefecto que acompañaba en el oficio a Timesiteo, y que sólo llamase a su hermano a ocupar el cargo vacante una vez que había muerto su colega. En cuanto a la recriminatoria “baja extracción” del personaje, seguramente gozaba de rango ecuestre, en este caso insuficiente a ojos de la alta nobleza, y un motivo más para ser mirado con desdén por las fuentes senatoriales, exactamente de la misma manera que el emperador Macrino, primer Augusto de tal estamento (E. PASOLI, *Opilius Macrinus/Iulius Capitolinus*, Bologna, 1968). En cambio, las fuentes cristianas tienen una excelente imagen de este gobernante, en base a una antigua leyenda que le considera como el primer Augusto “cristiano”, algo totalmente descartado por W. ENSSLIN, *Cambridge Ancient History* XII, Cambridge, 1975 p. 94; no obstante, es cierto que una tradición tardía (recogida por Eusebio, *Historia Eclesiástica* VI, 34) afirma que Filippo era cristiano, y se había sometido a una confesión y penitencia pública obligado por el que, parece, luego sería mártir San Bábilas, entonces obispo de Antioquía (Cf. Juan Crisóstomo, *Oratoria en honor de San Bábilas contra Juliano* 6). También menciona el episodio, alabando la memoria de los Filipos, Orosio (VII 28, 1). H. A. POHLSANDER, “Philip the Arab and Christianity”, *Historia* 29 (1980) pp. 463-473, ha rechazado igualmente el cristianismo de estos emperadores. En cambio, da crédito a las fuentes cristianas J. M. YORK, *Phillip the Arab, the first Christian Emperor of Rome*, Ann Arbor, 1979.

5. Cf. Zósimo I 18, 3: “Pues Filippo, que procedía de Arabia, pueblo detestable, y mediante afortunada carrera había avanzado hasta lo alto desde su origen no muy elevado, albergó ansias de realeza tan pronto accedió al poder”. La celebración del Miliario de Roma se produjo en el año 248, y la proclamación de su hijo Filippo el Menor (que ya era César desde 244) como Augusto el año anterior (verano de 247), de modo que pudieron presidir conjuntamente los festejos de la ciudad. Cf. L. DeBLOIS, “The reign of the emperor Philip the Arabian,” *Talanta* 10-11 (1978-1979), pp. 11-43. Quizá esta “prisa” de los Filipos por regresar rápidamente a Roma desde la frontera Este para consolidar su poder fue una de las principales causas del pésimo tratado de paz redactado con Persia, en el que se pagaba una importantísima suma de dinero, aparte de entregar Armenia (y también una gran parte de Mesopotamia, como se deduce de Zonaras XII 19), lo que fue calificado por el historiador griego Evagrio (*Historia Eclesiástica* V 7) como una verdadera traición. Los historiadores bizantinos del siglo VI, muy conscientes del enorme peligro persa, no guardaron ninguna simpatía al “cristiano” Filippo, sino que lo recordaron con irritación por su vacilante y desastrosa política respecto a su temido vecino oriental.

provincias romanas, tras reunir un enorme ejército que se dirige hacia el Este, para hacer frente a Persia, donde la nueva dinastía Sasánida se mostrará como un terrible y agresivo enemigo en la frontera oriental de Roma, invadiendo y saqueando la provincia de Siria y su capital Antioquía en no pocas ocasiones, desde el siglo III hasta el VII⁶. Parece que la guerra resultó extraordinariamente favorable para Roma en sus inicios, y los múltiples triunfos devengaron en la expulsión completa del enemigo persa de territorio romano y una total destrucción de sus ejércitos⁷; pero lo que va a tratarse aquí principalmente es una ceremonia religiosa

6. Cf. E. WINTER y B. DIGNAS, *Rom und das Perserreich. Zwei Weltmächte zwischen Konfrontation und Koexistenz*, Berlin, 2001. En este caso, se trataba de un rey especialmente belicoso contra Roma, el segundo de su dinastía, Sapor I (241-271). Para las vicisitudes de Siria y su capital en las guerras contra los persas, véase J. H. W. G. LIEBESCHUETZ, *Antioch: City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972; B. SANDWELL (ed.), *Antioch in Late Antiquity*, Oxbow, 2004. Una descripción de la sangrienta invasión de Antioquía durante el reinado de Galieno y Valeriano en Amiano Marcelino XXIII 5, 3; también P. TYLER, *The Persian wars of the 3rd century A.D. and Roman imperial monetary policy, A.D. 253-68*, Wiesbaden, 1975. Durante su agitada existencia, la ciudad cayó de nuevo en poder de los persas (540), y los árabes (636), fue reconquistada por los bizantinos (969), sometida por los turcos (1085), liberada por los cruzados (1115), capturada por los mamelucos (1268) y finalmente ocupada por los otomanos (1517).

7. La batalla de Resaina, en especial, se trató de una victoria espectacular; Cf. Aurelio Víctor 27, 7; Eutropio IX 2, 2; S.H.A., *Los Tres Gordianos* 27, 5-10; Amiano Marcelino XXIII 5, 7 y XXIII 5, 17 (con la opinión del emperador Juliano, favorable al joven Gordiano y hostil a Filipo). También se recuperaron Carras y Nísibis, asaltadas por los persas durante el final del reinado de Maximino (a comienzos de la primavera de 238, según Jorge Sincelo, *Ecloga Chronographia* p. 443, y Zonaras XII 18). No obstante, parece que tras la muerte de Timesiteo en 243 y la incorporación de Gordiano III al ejército, la dirección de las tropas pasó a Filipo, y su mando deficiente llevó a una derrota en Misiche (año 244). Cf. E. KETTEN-HOFEN, "The Persian Campaign of Gordian III and the Inscription of Sappuhr at the Ka'be-ye Zartost," in S. MITCHELL (ed.), *Armies and Frontiers in Roman and Byzantine Anatolia* (Oxford: *British Archaeological Reports International Series* 156, 1983), pp.151-171, y R. GÖBL, *Der triumph des Sasaniden Sappuhr über die kaiser Gordianus, Philippus und Valerianus*, Viena, 1974. Después aconteció la muerte de Gordiano III, que no tiene por qué estar relacionada con esa batalla perdida: el testimonio de Zonaras XII 17 (DINDÖRF), afirma que Gordiano III se puso al frente de las tropas con su caballo para exhortar a las legiones, animando a realizar grandes gestas, pero que la montura se encabritó por motivos desconocidos y cayó sobre su jinete; según el mismo autor, el emperador fue rescatado por los soldados tras el accidente, pero murió de las heridas en Roma. Tal versión es seguida por otro autor bizantino medieval, Cedreno (*Chronographia* I, pp. 450, 23-451, 1, 11-12). Los numerosos errores del bizantino durante ésta narración hacen que su testimonio sea unánimemente rechazado por los

en concreto, de ritual bélico, que entronca con la misma noche de los tiempos y la primitiva estructura guerrera de la época monárquica de Roma. Tras prepararse para la contienda en la capital imperial, con todos los requisitos para llevar a cabo una gran campaña militar cumplidos y en orden, y las legiones formadas dispuestas para marchar, Gordiano se dirigió al Foro y procedió a abrir el templo de Jano Bifronte, dios de las puertas, los comienzos y los finales⁸. Este acto significaba, desde los días más antiguos, que Roma se hallaba en estado de guerra. Transcurría el año 242.

Dicha ceremonia, que no entraña demasiadas dificultades ni dudas en sí, dentro del amplísimo espectro de prácticas y costumbres ancestrales de la religión romana, resulta en cambio particularmente llamativa en un marco histórico como la Antigüedad Tardía, puesto que conocemos por las fuentes escritas contemporáneas y las anteriores, republicanas o alto - imperiales, un dato singular: desde que

investigadores, dada su nula fiabilidad. Jorge Sincelo, *Ecloga Chronographia* p. 443, 3-9, afirma que Gordiano III venció a los persas pero que fue asesinado por sus propias tropas a instigación del Prefecto del Pretorio, Filipo. Todos estos relatos del suceso, nótese, hablan muy mal de las habilidades militares de Filipo. En cambio, C. R. WHITTACKER, *Herodian*, London 1969, *Introduction* p. xvi, nos ofrece su valoración de Filipo como un monarca esforzado y buen general, que llevó a cabo una exitosa campaña defensiva en la frontera danubiana de 245 a 247, concretamente contra los carpos (*Cf. Zósimo* I 20, 1).

8. Eutropio IX 2, 2; Jordanes, *Historia Romana* 282, p. 36, 27-31; *S.H.A., Los Tres Gordianos* 26, 3; Aurelio Víctor 27, 7. El historiador africano indica asimismo que el templo estaba cerrado desde los tiempos del emperador Marco Aurelio, dato ciertamente chocante que no encuentra reflejo ni confirmación en fuente alguna; creemos que se pudo crear un error involuntario por asociación de ideas, ya que Marco Aurelio era frecuentemente comparado a Numa Pompilio en la historiografía pagana tardía, incluso convirtiéndolo en un descendiente directo de dicho rey (tómese como ejemplo *S.H.A., Marco Antonino, el Filósofo* 1,6). Si Marco realmente hubiese abierto las puertas de Jano, no hubiese dejado de ser señalado, especialmente por un autor cristiano muy meticoloso en ése aspecto, que sin embargo no menciona nada parecido en su crónica de tal emperador; *cf. Orosio* (VII 15). No obstante, Gordiano III también instauró antes de marchar unos nuevos juegos atléticos en honor de Atenea, otro acto muy revelador en sí mismo, para responder a la propaganda imperialista sasánida, que demandaba la devolución de todos los dominios del rey Darío; en su papel de emperador romano y a la vez gran conquistador helenístico, el joven Augusto se encomendó a la diosa patrona de los griegos que derrotaron gloriosamente a los persas en Maratón. Era una respuesta acertada, a la vez alegórica y desafiante, para la invasión revanchista del agresivo rey Sapor I. *Cf. R. L. FOX, Pagans and Christians in the Mediterranean World from the Second Century AD to the conversion of Constantine*, London, 1988 pp. 11-12; R. SYME, *Historia Augusta Papers*, Oxford, 1983 p. 132, y, aparte de resultar una buena baza propagandística, sumaba esfuerzos también para su política restauradora y revitalizadora de la religión, usos tradicionales e instituciones del mundo griego.

Augusto pusiese fin a las cruentas guerras civiles tras su victoria de *Actium* y se cerrasen después las puertas definitivamente, jamás habían vuelto a ser abiertas de nuevo después del Principado, salvo en una ocasión⁹; los romanos procedían a abrir las puertas del templo cuando marchaban a la guerra, y las cerraban una vez lograda la paz, pero al parecer la costumbre se había perdido o estaba comenzando a perderse. Cabe destacar que desde los tiempos de los Reyes hasta que Augusto pacificó finalmente el Imperio y logró establecerse como único gobernante, esas puertas sólo habían estado cerradas en dos ocasiones, nada sorprendente si se tiene en cuenta el estado permanente de guerra en el que vivió Roma durante la mayor parte de su historia¹⁰.

El rey Numa Pompilio, una imagen casi mística dedicada a la organización del culto religioso y la adoración a los dioses, aparece como la figura histórica que, según la tradición, erigió el templo en el foro romano y a continuación cerró las puertas, al ser el suyo un reinado de paz, dedicado a dar a los romanos leyes, buenas costumbres y estatutos¹¹. Posteriormente, la expansión continua y constante con las grandes guerras de Roma, frente a sus vecinos peninsulares primero, y contra Pirro y Cartago después, hizo que las puertas del templo permaneciesen cerradas. Durante todo el período monárquico que aún restaba, y también tras la proclamación de la República en el 509 a. C., sólo pudieron ser solemnemente clausuradas por los cónsules en 235 a. C. según ciertas fuentes, o lo que parece mucho más probable, en 241 a. C.¹². Desde entonces hasta Augusto, como hemos

9. Aurelio Víctor 1, 3. Dicha batalla naval destruyó los sueños imperiales en Oriente de Marco Antonio y Cleopatra, dejando a Augusto como único vencedor y heredero del legado de Julio César. Cf. R. A. GURVAL, *Actium and Augustus: the politics and emotions of Civil War*, Ann Arbor, 1998. Para la apertura del templo de Jano en tiempos de Vespasiano, véase la n. 17.

10. Parece que el templo tenía dos puertas; una de ellas daba al Este (comienzo) y la otra al Oeste (final). Cf. Heródiano I 16, 2: "*Las imágenes de este dios lo representan con dos caras, puesto que con él comienza y termina el año*". Augusto tuvo que proceder a su apertura y clausura varias veces. Cf. la n. 15.

11. Tito Livio I 19, 2; Cicerón, *Sobre la República* II 14, 26. La puerta del templo era llamada *ianua*; Cf. También Virgilio, *Eneida* VII, 180 y Ovidio, *Fastos* I, 63. Después de Numa estuvieron siempre abiertas (Cf. Orosio III 8, 2).

12. Fue realmente en este año, tras la firma del tratado con Cartago y el esplendoroso final de la larga y devastadora Primera Guerra Púnica, cuando parece más factible que Roma cerrase las puertas del templo de Jano, tras los muy satisfactorios resultados obtenidos en la contienda y sobre todo después del tremendo desgaste humano y económico que había significado el mencionado enfrentamiento, dejando al Estado romano completamente exhausto, y con una imperiosa necesidad de paz para su recuperación; Cf. W. V. HARRIS, *Guerra e Imperialismo en la Roma republicana 327 a. C. - 70 a. C.*, Madrid, 1989, pp. 10 y 187 (véase n. 119 a ésta última). El error puede deberse a que en los

dicho, no vuelve a repetirse tal ceremonia, encontrándose el templo de Jano abierto permanentemente¹³; fue el hijo adoptivo de César quien cerró las Puertas tras más de doscientos años¹⁴.

Una vez instaurado el Principado, e incluso en el mismo reinado de Augusto, como de todos es sabido, se declararon nuevas guerras, por lo que se volvió a repetir la ceremonia¹⁵; tras este monarca hubo expediciones frecuentes

antiguos códices se confundieron los nombres de los cónsules Aurelio Manlio Torcuato, efectivamente cónsul en 241 a. C., y Tito Manlio Torcuato, cónsul en 235 a. C. junto a Gayo Atilio Bulco; tomada desde una perspectiva histórica, la fecha del 235 no tiene sentido ni explicación posible, pese a ser reflejada por las fuentes. El hecho de que en los años 240 y 239 no exista ninguna campaña documentada refuerza aún más esta teoría. Nosotros no tenemos intención de enfrascarnos en un debate cronológico que afecta únicamente a la Roma Republicana, por lo que aceptaremos de momento esta última fecha. Pese a su relativa cercanía vital con los hechos, Veleyo Patérculo (II 38, 3), contemporáneo de Augusto, se sigue manteniendo en el error. Ya posteriormente el tardío Orosio (III 8, 4 y 12, 4) reproducirá esa versión: “en este año [habla del 235] se cerró la puerta del templo de Jano, ya que durante el mismo no se guerreó en ningún momento, lo cual sólo había sucedido durante el reinado de Numa Pompilio”.

13. Cf. W. V. HARRIS, *op. cit.*, p. 9: “*salvo circunstancias excepcionales, el Estado romano hacía la guerra todos los años*”. El autor habla de un expansionismo bélico como inevitable consecuencia del vigoroso crecimiento de Roma, hipótesis que nos parece muy bien fundada; en cambio, los cristianos no quisieron o no pudieron apercibirse de ello, y haciendo de la necesidad virtud, achacaron como una desgracia espantosa el permanente estado de guerra romano (Cf. Orosio IV 12, 4). Pero tras la destrucción definitiva de Cartago, la pacificación y población de los nuevos territorios conquistados y la desaparición de los Reinos Helenísticos con potencial suficiente para amenazar a Roma, esta necesidad bélica (que tenía mucho que ver con la demografía) tuvo que dejar de manifestarse, pues se necesitaban todos los hombres disponibles para gobernar, poblar, estructurar y vigilar las nuevas y enormes conquistas. Roma necesitaba una paz estable y duradera para asimilar plenamente sus ganancias.

14. Cf. Orosio VI 20, 1 y 8.

15. Dión Casio LIV 36, 2; Orosio VI 21, 1 y 11, que se refiere al año 28 a. C., con la campaña contra los cántabros y los otros bárbaros del norte peninsular. Así, tras concluir victoriosamente las guerras astúricas y los asuntos de Hispania, Augusto clausuró de nuevo las Puertas, que permanecieron cerradas otros doce años. Cf. Orosio VI 22, 1-3, VII 2, 16 y 3,7; Augusto cerraba el templo de Jano entonces por segunda vez, que era la cuarta ocasión en toda su historia. En ese espacio reinó una paz tan duradera que las puertas “*se llenaron incluso de herrumbre*”. En los últimos años del reinado, no obstante, está documentada una apertura más, pero tras nuevas inquietudes con los atenienses y ciertos rumores de guerra oriental contra los partos, solucionados sin demasiados problemas, las Puertas se cerraron definitivamente. Otra cronología defiende los años 29, 25 y 8 ó 7 como los más plausibles. Cf. R. SYME, “The Pomerium in the Historia Augusta”, *Bonner Historia Augusta Colloquium 75/76*, Bonn, 1978 pp. 217-218.

tanto en el Norte como en Oriente, dedicadas a anexionar más territorios o a combatir otros enemigos externos, y casi cada emperador desde Calígula hasta Trajano tuvo que visitar el campo de batalla alguna vez¹⁶. Pero en cambio, durante todas esas ocasiones, salvando la importante y traumática excepción de la Guerra Judaica, finiquitada de modo glorioso e incontenible por Vespasiano y su hijo Tito¹⁷, el ejército marchó a las fronteras sin que las puertas del templo cerrado fuesen abiertas, y así permaneció hasta que el joven emperador Gordiano III, por algún motivo, se acordó de Jano antes de partir a la guerra contra Persia, y retomó la costumbre¹⁸. Por qué y cómo, son interrogantes que ningún autor contemporáneo de los hechos nos aclara, por lo que precisamente ahora nosotros trataremos de conjeturar ciertas opciones plausibles, sin ningún ánimo de imponer o asegurar de manera implacable verdad absoluta alguna.

16. Para la profusión de las guerras exteriores en el Alto Imperio y cómo se organizó éste para llevarlas a fin exitoso, véase G. WEBSTER, *The Roman Imperial Army*, London, 1981; M. SIMKINS & R. EMBLETON, *The Roman Army from Caesar to Trajan*, Osprey, London, 1984; A. GOLDSWORTHY, *Roman Warfare*, London, 2000; Y. LE BOHEC, *El Ejército Romano: instrumento para la conquista de un Imperio*, Barcelona, 2004. Durante el Principado, sólo tenemos una alusión de la Historia Augusta (Cómodo Antonino 16, 4), a todas luces fantástica, según la cual durante la noche en la que el emperador Cómodo fue asesinado, las puertas del templo de Jano se abrieron solas. Hablamos del 31 de Diciembre del año 192.

17. Vespasiano y Tito abrieron las puertas del templo de Jano con motivo de la revuelta judía, y las cerraron conjuntamente en una solemne ceremonia triunfal tras su regreso a Roma, donde entraron victoriosos en el año 69. Parece que había sido restaurado recientemente, en el reinado de Tiberio. Cf. Cornelio Tácito (II 49, 1), Orosio VII 3,8; 9,9; 19, 4-5. Las Puertas del templo se cerraban por sexta vez.

18. Cf. para todo ello la excelente obra de M. H. DODGEON y S. N. C. LIEU, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars (AD 226-363): a Documentary History*, London, 1994; Juan De Antioquía fr. 147 (MÜLLER) afirma que las puertas sólo se abrían al comienzo de las guerras más grandes e importantes, una explicación poco satisfactoria, pues en esa caso Claudio y Trajano hubiesen realizado dicha ceremonia al comienzo de sus gigantescas expediciones militares contra Britania y Dacia, y no hay noticias de ello. La Historia Augusta (*Los Tres Gordianos* 26, 3) sólo indica que tal ceremonia “*era una señal de que la guerra se había declarado*”, lo cual nos ayuda poco o nada. Virgilio (*Eneida* VII 610) nos informa también de que se cerraban con la paz. Cf. Orosio IV 12, 6 escribió con motivo de la segunda clausura: “*Las puertas de Jano se cerraron; en el exterior los romanos no guerrearon*”. Herodiano (VIII 8, 8), termina su historia en el año 238, desgraciadamente para nosotros, pues su estilo meticuloso y sereno, con frecuentes explicaciones etnológicas y exordios de los diferentes asuntos tratados, seguramente hubiese sido extremadamente valioso para tratar este episodio concreto. Para éste autor vital, H. A. ANDERSEN y E. HOHL, *Studies in Cassius and Herodian*, New York, 1975.

En primer lugar, sería conveniente configurar un marco religioso, puesto que de religión hablamos, en la parte occidental del Imperio Romano a mediados del siglo III; el cristianismo, como todos sabemos, ya había aparecido con fuerza en el panorama social del Imperio, y pocos años antes del reinado de Gordiano III había fallecido en África, precisamente la patria de los Gordianos, una de las figuras más importantes del cristianismo de la época, el rigorista y brillante Tertuliano¹⁹. Polémico, audaz y dotado de una formidable oratoria, sus ataques contra el paganismo tuvieron que poner en guardia a los filósofos y otros defensores de la religión tradicional ante el silencioso pero veloz crecimiento de un cristianismo que no paraba de cobrar mayor y mayor importancia en todas partes: “Somos de ayer y llenamos ya el orbe y todas vuestras cosas: las ciudades, las islas, las aldeas, los municipios, los concejos, los mismos campamentos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro: sólo os hemos dejado vuestros templos”²⁰. Consecuentemente, éste y otros testimonios de los Padres de la Iglesia de los siglos I y II empezarán a crear cierta preocupación en el paganismo; el *Contra los Cristianos* del filósofo Celso²¹ y las primeras persecuciones locales de

19. Cf. la tesis de S. VICASTILLO, *Tertuliano y la muerte del hombre*, Madrid, 1980, y los trabajos de A. VICIANO, *Cristo Salvador y liberador del hombre: Estudio sobre la soteriología de Tertuliano*, Pamplona, 1986 y G. URIBARRI, *La emergencia de la Trinidad inmanente: Hipólito y Tertuliano*, Madrid, 1999. Más recientemente han aparecido los trabajos interesantes de E. F. OSBORN, *Tertullian, first theologian of the West*. Cambridge, 2003, y G. D. DUNN, *Tertullian*, London, 2004.

20. Tertuliano, *Apologético* 37. Recordemos también que en tiempos de la expedición persa de Gordiano III antes mencionada, podemos hallar todavía al cristiano Orígenes, con 59 años de edad entonces, actuando a plena actividad en su escuela de Cesarea, en Palestina.

21. El *Discurso Veraz* (año 178) fue la primera arma del arsenal ideológico y religioso que desde ese momento iba a formarse en la filosofía griega contra el cristianismo, y que llegaría a su máxima expresión con las obras de Porfirio y Juliano; la evolución filosófica mejoró y corrigió la obra de Celso, por lo que la situación será muy distinta a partir de entonces: la nueva *Contra los Cristianos* de Porfirio (233-305) pondrá en apuros graves a la Iglesia durante los siglos III y IV (Cf. P. BROWN, *El Mundo en la Antigüedad Tardía, de Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid, 1989, p. 88; consecuentemente tal obra será incluida en el catálogo de libros prohibidos y condenada a la hoguera por un edicto conjunto del año 448, promulgado por Valentiniano III y Teodosio II: *Codex Theodosianus* XVI 5, 66 y *Codex Iustinianus* I 1, 3); lo mismo puede decirse del *Contra los Galileos* de Juliano (Cf. O. GIGON, *La Cultura Antigua y el Cristianismo*, Madrid, 1970. pp. 173-175). Como formulación primeriza e inicial, la obra de Celso presentará una cierta tosquedad en su forma y contenido, pero la densa y continuada polémica contra los cristianos pulirá y desarrollará las primeras armas anticristianas hasta convertirlas en colosales medios de ataque filosófico. Se ha tratado de reconstruir la obra de Celso a partir de la argumentación y los fragmentos proporcionados por Orígenes (Cf. *Celsus. On the true doctrine. A*

Marco Aurelio y Septimio Severo vienen a refrendar un conflicto ideológico (puesto que quizá no social)²² a nivel de todo el Imperio que empezaba a preparar el terreno para el gran choque polémico y los conflictos entre ambas religiones que poblarían el siglo IV²³, donde el paganismo comenzó el siglo disfrutando aún de su privilegiada posición como única fórmula religiosa legal, y además predominante, no sólo en el campo, sino en la mayoría de ciudades romanas, y que paradójicamente, terminaría el siglo sufriendo las prohibiciones legales de los años 380 y 392, mientras peleaba desesperadamente por su propia existencia²⁴. Desde

discourse against the Christians, con traducción inglesa de R. J. HOFFMAN (New York, 1987). Existen también ediciones de las obras polémicas de Juliano y Porfirio: Porfirio de Tiro, *Contra los Cristianos*. Recopilación de fragmentos, traducción, introducción y notas por E. A. RAMOS JURADO, Cádiz, 2006. Juliano, *Contra los Galileos; Cartas y fragmentos; Testimonios; Leyes*. Introducciones, traducción y notas por J. GARCÍA BLANCO y P. JIMÉNEZ GAZAPO, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1982. Véase también J. W. HARGIS, *Against the Christians: the Rise of Early Anti-Christian Polemic*, New York, 1999.

22. P. BROWN, *Authority and the Sacred: Aspects of the Cristianization of the Roman World*, Cambridge, 1995, insiste en la convivencia fundamentalmente pacífica y tolerante entre cristianos y paganos a lo largo de los años, pero indicaremos que las cada vez más frecuentes explosiones y conflictos religiosos de la época son, se quiera o no, una de las características principales del período, y deben ser por ellos tenidas en cuenta. Cf. T. R. GLOVER, *The Conflict of Religions in the Early Roman Empire*, New Cork, 1975; posteriormente la mentalidad de los habitantes del Imperio cambió, y se radicalizaron y sacralizaron todas las formulaciones, como puede verse en J. VOGT, *La Decadencia de Roma. Metamorfosis de la cultura antigua 200-500*, Madrid, 1968; B. WARD-PERKINS, *The Fall of Rome and the end of Civilization*, Oxford, 2005 (existe traducción española: *La Caída de Roma y el fin de la Civilización*, Madrid, 2007).

23. Cf. A. MOMIGLIANO (ed.), *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford, 1970). Existe traducción española: *El Conflicto entre el Paganismo y el Cristianismo en el s. IV*, Madrid, 1989. Parece ser que las últimas persecuciones registradas fueron llevadas a cabo en Oriente por Licinio en 324. Cf. Lactancio, *Sobre la Muerte de los Perseguidores* 33, 11 ss.

24. Cf. G. BOISSIER, *El fin del Paganismo: Estudio sobre las últimas luchas religiosas en el siglo IV en Occidente*, Madrid, 1908 (interesante, pero ya muy desfasada); F. LOT, *El Fin del Mundo Antiguo y el Comienzo de la Edad Media*, Méjico, 1956; S. MAZZARINO, *El Fin del Mundo Antiguo*, Méjico, 1961. Se pueden encontrar acertadas monografías locales sobre el asunto en E. SAUER, *The end of paganism in the North - Western Provinces of the Roman Empire: the example of the Mithras Cult*, Oxford, 1996, y D. WATTS, *Religion in Late Roman Britain: forces of changes*, London y New York, 1998; un tratamiento compacto y global en J. HAHN, S. EMMEL y U. GOTTER (eds.), *From temple to church: destruction and renewal of local cultic topography in Late Antiquity*, Leiden, 2008. Para este tema, después de los dos saqueos de Roma (410 y 455) y la caída

luego, dado el carácter bien conocido del cristianismo, su afán proselitista y la imposibilidad de convivencia con otros cultos, desde los primeros momentos ciertos gobernantes y algunas escuelas filosóficas advirtieron el peligro para sus cosmovisiones, viendo hacia dónde se encaminaba la vida espiritual y religiosa del Imperio, pero en casi todas las épocas los esfuerzos para hacer frente al cristianismo y frenar su avance se realizaron de forma confusa, inconexa e incluso contraproducente²⁵.

La importancia creciente de la Nueva Fe nos lleva forzosamente a considerarla desde el punto de vista de los emperadores del momento; no se conocen persecuciones religiosas en tiempos de los Gordianos, pero es bien cierto que los tres procedían de la alta nobleza senatorial, y dicho estamento era una encarnación viva del pasado ilustre de Roma, de sus tradiciones y las grandes figuras del esplendoroso periodo republicano²⁶. Ya que en esos tiempos, y hasta entrado el siglo V, la nobleza senatorial permaneció casi en bloque como defensora de los antiguos cultos y practicante ferviente del paganismo frente a las emergentes creencias cristianas, podemos considerar que Gordiano III tuvo que percibir claramente el estado de las cosas ya en ese entonces; la conocida presencia de una amplia comunidad cristiana en Roma, y su silenciosa pero rápida entrada a todos los estratos de la sociedad, le llevó seguramente a ordenar medidas²⁷.

Consecuencia lógica del auge del cristianismo en el siglo III fue la toma de conciencia por parte de los paganos, y su deseo de organizar un contraataque ideológico que pusiese fin a la situación²⁸; si bien es cierto que podemos percibir

de Occidente, véase G. GREATREX, "El Paganismo del Siglo VI", *Debats* 90 (2005), pp. 73-85.

25. Cf. R. L. FOX, *Païens et chrétiens: la religion et la vie religieuse dans l'empire romain, de la mort de Commode au Concile de Nicée*, Toulouse, 1997.

26. Cf. M. T. W. ARNHEIM, *The Senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972, y R. J. A. TALBERT, *The Senate of Imperial Rome*, Princeton, 1984.

27. Esas medidas se tornarían más agresivas años después, cuando el emperador Decio obligó en 249 a realizar un sacrificio general a los dioses; Cf. R. SELINGER, *The mid-third century persecutions of Decius and Valerian*, Frankfurt am Main, 2004.

28. En este aspecto consideramos vital la aparición de escritos sobre personajes extraordinarios como Apolonio de Tiana (Cf. Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*. Traducción, introducción y notas de A. BERNABÉ PAJARES, Madrid, 1979, Gredos) y por supuesto la obra autobiográfica de Elio Aristides (*Discursos Sagrados*. I / introducción., traducción. y notas de F. GASCÓ y A. RAMÍREZ DE VERGER; II / introducción, traducción y notas de L. A. LLERA FUEYO; III / introducción, traducción. y notas de F. GASCÓ; IV / introducción, traducción y notas de J. M. CORTÉS COPETE; V / introducción, traducción y notas de J.M. CORTÉS COPETE, Madrid, 1987-1999, Biblioteca Clásica Gredos 106, 233, 234, 238, 262); Cf. también C. A. BEHR, *Aelius Aristides and the Sacred Tales*, Ámsterdam, 1968; G. ANDERSON, *Philostratus:*

Flor. Il., 21 (2010), pp. 371-392.

un claro deterioro de la religión tradicional en Roma ya incluso desde el siglo II²⁹, las nuevas corrientes orientales de donde procedían los cristianos también trajeron en última instancia aires renovadores para el paganismo, que dieron una fuerza nueva a las viejas creencias y crearon cultos vigorosos y expansivos, como el famoso Monoteísmo Solar de los Emperadores Ilirios o las asociaciones teocráticas de los monarcas de la Tetrarquía, y muy en especial de Maximino Daya, el emperador que más celo puso en detener al cristianismo³⁰. Este refloramiento de la religión pagana pudo tener una faceta más, al menos en el Oeste: la de retomar y revitalizar las viejas tradiciones romanas olvidadas; concretamente, la capa social llamada a desarrollar esta actividad de forma primordial por su papel de celosa guardiana y conservadora de las tradiciones era indudablemente la nobleza senatorial, de donde más adelante saldrían los últimos campeones del paganismo en Occidente. Recordemos que precisamente el periodo 238-244 nos presenta una muy rara coyuntura de preponderancia senatorial en la que, con las elecciones de los Gordianos y los emperadores Balbino y Pupieno, el Senado arrebató nuevamente el poder de manos del ejército, que por vez primera pocos años antes había proclamado un emperador sin el concurso del estamento³¹. En este clima

Biography and Belles Lettres in Third Century A. D. London, 1986; J. J. FLINTERMAN, *Power, paideia & pythagoreanism: Greek identity, conceptions of the relations between philosophers and monarchs and political ideas in Philostratus "Life of Apollonius"*, Amsterdam, 1995. Más adelante se unirá a ellos la figura fundamental de Jámblico. Véase B. D. LARSEN, *Jamblique de Chalcis: exégète et philosophe*, Aarhus, 1972; G. FOWDEN, *Pagan philosophers in late antique society: with special reference to Iamblicus and his followers*, Oxford, 1979.

29. Cf. E. R. DODDS, *Paganos y cristianos en una época de Angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, Madrid, 1975; J. H. W. G. LIEBES-CHUETZ, *Continuity and Change in Roman Religion*, Oxford, 1979.

30. O. NICHOLSON, "The Pagan Churches of Maximinus Daia and Julian the Apostate", *The Journal of Ecclesiastical History* 45 (1994), pp. 1-10; para seguir de manera minuciosa pero muy parcial este período debemos recurrir a Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*; introducción de R. TEJA, Madrid, 1982 (Biblioteca Clásica Gredos 46). Una visión diferente de la política religiosa del controvertido Daya en S. MITCHELL, "Maximinus and the Christians in A.D. 312: a New Latin Inscription", *The Journal of Roman Studies* 78 (1988), pp. 105-124.

31. Cf. S.H.A., *Los Dos Maximinos* 8, 1; Máximo y Balbino 1, 3-2, 8. C. G. BRAUER., *The Age of the Soldier Emperors. Imperial Rome, A.D. 244-284*, Park Ridge, 1975. A. MÓCSY, "Pannonien und die Soldatenkaiser", *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 6 (1977), pp. 557-582; K. DIETZ, *Senatus contra Principem*, Munich, 1980; A. LIPPOLD, *Kommentar zur Vita Maximini Duo der Historia Augusta*. Bonn, 1991; G. FORNI, "Curiosità legionarie e origo di Massimino il Trace," *Epigraphica* 52 (1990), pp. 33-40; M. SOMMER, *Die Soldatenkaiser*, Darmstadt, 2004.

Flor. Il., 21 (2010), pp. 371-392.

político de dominio momentáneo de la nobleza, no se podría descartar una acción religiosa más y más intensa con diversos fines³². La propia forma en la que el historiador tardío Aurelio Víctor describe el acontecimiento que nos ocupa, permite pensar que se trataba de un nuevo *revival* durante el efímero período lleno de dinamismo que atravesó la clase senatorial desde 238, pues se habla de la consolidación y desarrollo de los Juegos, la preparación de la guerra contra los persas y la consecuente apertura de las puertas del templo “siguiendo las costumbres de los antiguos”³³, “*Eoque anno bistri certamine, [quod Nero Romam induxerat], aucto firmatoque in Persas profectus est, cum prius Iani aedes, quas Marcus clauserat, patentes more veterum fecisset*”.

Tras la muerte de Gordiano III y el comienzo de las guerras civiles en el seno del Imperio, vemos cómo unos ejércitos se enfrentan contra otros con el fin de aupar al asiento imperial a sus propios candidatos: los Filipos son aniquilados por los Decios (año 249), que a su vez mueren en 251 luchando contra los godos³⁴; Treboniano Galo y Emiliano (251-253) no consiguen estabilizar la situación, y sus sucesores, Valeriano y descendientes (253-268)³⁵, serán los testigos de la crisis más profunda y terrible que había vivido hasta entonces el Imperio, con invasiones bárbaras por todas las fronteras y un creciente caos interno en la forma de varias secesiones y gran cantidad de proclamaciones (usurpaciones)³⁶. Hasta la llegada al poder de Claudio II el Gótico no comenzó verdaderamente a restablecerse la situación³⁷. En este clima desesperado y convulso, es completamente comprensible

32. Cf. para la política religiosa de los emperadores de ese tiempo A. WATSON, *Aurelian and the Third Century*, London, 1999; I. GRADEL, *Emperor Worship and Roman Religion*, Oxford, 2002.

33. De nuevo Aurelio Víctor 27, 7. Para la noticia acerca de Marco Aurelio, véase la n. 8.

34. Cf. Mauricio, *Strategikon* IV 3; Amiano Marcelino XXXI 13, 13; Zósimo I 24.

35. M. CHRISTOL, "Les règnes de Valérien et Gallien," *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II. 2 (1975), pp. 803-827; R. GRUNWALD, *Studies in the literary sources for the reign of the emperor Gallienus 253-268 A.D.*, Ann Arbor, 1981.

36. P. OLIVA, *Pannonia and the Onset of crisis in the Roman Empire*, Prague, 1962; G. ALFÖLDI, "The Third century Crisis as seen by Contemporaries," *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 15 (1974), pp. 89-111; H. I. MARROU, *Decadencia romana o antigüedad tardía: siglos III-VI*, Madrid, 1980; N. SANTOS YANGUAS, *El Cristianismo en el marco de la crisis del siglo III en el Imperio Romano*, Oviedo, 1996.

37. Para este aspecto, H. HUVELIN, "Chronologie du regne de Claude le Gothique", *Quaderni ticinesi di numismatica e antichità classica* 21 (1992), pp. 309-322. Recae en el haber de este emperador el haber resuelto el gravísimo problema de la invasión goda que devastaba el Imperio Romano de Oriente, en 268. Cf. P. DAMERAU, *Kaiser Claudius II. Gothicus: (268-270 N. Chr.)*, Aalen, 1963; J. BURIAN, "Der Gotenkrieg unter Claudius II", *Eirene* 20 (1983), pp. 87-94; M. KULIKOWSKI, *Rome's Gothic Wars, from the Third Century to Alaric*, Cambridge, 2006. Véase también E. A. POND, *The inscriptional*

que quedase olvidado el asunto de las puertas del templo de Jano Bifronte; entre los epítomistas y los historiadores tardíos no vuelve a mencionarse esa cuestión, y permanece siendo una incógnita en qué momento exactamente las puertas volvieron a cerrarse. Porque sabemos con certeza que así sucedió; el motivo no fue, como anteriormente, la llegada de la paz a Roma, sino el progresivo abandono y cierre de templos de la religión romana en un marco general y global, debido a los saqueos y destrucciones de las invasiones bárbaras, el despoblamiento, la falta de fondos, y el cambio en el pensamiento y la legislación de los sucesivos emperadores cristianos, que ordenaron repetidamente el cierre de los templos y el cese de los sacrificios y ceremonias, tanto nocturnas como finalmente diurnas³⁸.

Sabemos que Aureliano (270-275), conforme al sincretismo religioso en boga, asimiló varias divinidades solares, y así el templo de Júpiter en el Capitolio pasó a ser del Sol Invicto³⁹, pero parece muy claro que pese a la pérdida de importancia de los primitivos cultos urbanos, nunca se decretó medida alguna contra ellos. Con la llegada de la Tetrarquía, cuyos soberanos tomaban como sobrenombres los de ciertos dioses tradicionales, la situación en este sentido tuvo que cambiar para convertirse de hecho en ciertamente favorable⁴⁰. Otro hecho a considerar desde Galieno⁴¹ reside en que los emperadores estarán muy ocupados en los campos de batalla y dejan de habitar regularmente en Roma, factor éste que pudo ser influyente en el devenir de los cultos, al igual que la ausencia de los

evidence for the Illyrian Emperors: Claudius Gothicus through Carinus, 268-284 A.D., Ann Arbor, 1971.

38. Cf. *Codex Theodosianus* XVI 10, 2; XVI 10, 3 y XVI 10, 6 etc.

39. Cf. H. BRANDT, "Die heidnische vision Aurelians (HA A 24-28) und die christliche Vision Konstantins der Grossen", *Historiae Augustae Colloquium* III Macerata – Perugia, 1995, pp. 107-117; M. REQUENA, *Lo maravilloso y el poder: Los presagios de imperio de los emperadores Aureliano y Tácito en la historia Augusta*, Valencia, 2003, p. 19. Cf. también S.H.A., *El Divino Aureliano* 1, 3 etc.

40. Recordemos además la promulgación del famoso edicto de Nicomedia (año 303), que iniciaba una nueva oleada de persecuciones contra los cristianos a nivel global; concretamente la ley entró en vigor el 24 de febrero (Véase también Eusebio, *Historia Eclesiástica* VIII 2, 4). Tal situación perduró hasta el primer edicto de tolerancia, aún abiertamente hostil al cristianismo, promulgado en esa misma ciudad por Galerio, Licinio y Constantino el 30 de abril de 311. Cf. R. REES, *Diocletian and the Tetrarchy*, Edinburgh, 2004. Parece que la firme adhesión de los monarcas de la Tetrarquía a los cultos tradicionales era un factor mucho más fuerte de lo que se había considerado en un principio. Cf. M. D. SMITH, "The religious Coinage of Constantius I", *Byzantion* 70 (2) (2000), pp. 474-490.

41. Véase L. DE REGIBUS, *La Monarchia Militare di Gallieno*, Roma, 1972; L. DeBLOIS, *The Policy of the Emperor Gallienus*, Leiden, 1976.

Flor. Il., 21 (2010), pp. 371-392.

soberanos perjudicó a la antigua capital en otros aspectos⁴². Pero sin lugar a dudas, fue tras la llegada de Constantino I y sus tropas a la ciudad en 312 cuando el destino de los cultos romanos comenzó a cambiar; vemos cómo el nuevo monarca del Oeste despreció en varias ocasiones las costumbres tradicionales⁴³, y su conversión al cristianismo dejó patente los nuevos vientos que soplaban en el devenir religioso imperial. Pese a tolerar normalmente la mayor parte de ceremonias paganas y permitir los templos, no dudó en cerrarlos o eliminarlos cuando así lo necesitaron sus designios⁴⁴. Cedió además enormes propiedades a la Iglesia en la ciudad de Roma, con lo que comenzó a configurarse el plano urbano cristiano y medieval; desde su muerte en 337, las relaciones sociales,

42. Desde 287, Milán se convierte en el centro incontestable de poder en Italia y uno de los mayores del Imperio de Occidente; recordemos que ya en 259 se había convertido temporalmente en una capital de guerra frente a las invasiones de los alamanes y las usurpaciones de Marino Pacatiano, Aureolo, Ingenuo y Regaliano. *Cf. Milano capitale dell'Impero romano 286-402 d.c.; Regione Lombardia, Settore cultura e informazione, Comune di Milano, Settore cultura e spettacolo, in collaborazione con Soprintendenza archeologica della Lombardia [et al.]". "Mostra, Milano, Palazzo reale, 24 gennaio-22 aprile 1990"*, Milano, 1990.

43. Sabemos que a su entrada triunfal en Roma en 326, el pueblo lo abucheó, cubriéndole de insultos, por negarse a participar en los ritos sagrados capitolinos, a instancias de Osio de Córdoba (*Cf. Libanio XIX 9, Zósimo II 52*). Se ha defendido que la negativa de ascender al Capitolio por parte de Heliogábalo a su llegada a Roma (*S.H.A., Vida de Heliogábalo 15, 7*) es realmente un reflejo tardío de tal negativa de Constantino, tan polemizada en las fuentes paganas. Curiosamente, esa propia biografía imperial está dedicada *teóricamente* a Constantino, lo que daría un tinte aún más irónico y burlesco a la obra. Véase para todo ello A. CHASTAGNOL, *Recherches sur l'Historie Auguste*, Paris, 1970, y *Bonner Historia Augusta Colloquium 63/64*, Bonn, 1966.

44. D. BOWDER, *The Age of Constantine and Julian*, London, 1978 p. 80, donde se exponen las numerosas medidas tomadas por Constantino perjudicando a los cultos tradicionales: el robo indiscriminado de estatuas en Oriente, con destino a su nueva capital de Constantinopla, que necesitaba ser embellecida; la expropiación de las tierras de los templos, el expolio de los objetos votivos en oro y plata, las puertas de bronce e incluso las tejas de los santuarios paganos, y, por último, la clausura irrevocable de los templos de Afrodita en Baalbek y Jerusalén. En ambos casos, el cierre podría estar relacionado con una discutible regulación de la moralidad, pues en ellos se ejercía la prostitución sagrada, y además, en el caso del segundo, la localización del templo estorbaba los nuevos proyectos del emperador para construir una iglesia cristiana en el lugar; pero en el caso del cierre del templo de Asclepio en Egea, no existe justificación posible en ese sentido. *Cf. también Anonymus de rebus bellicis II, 1; H. A. DRAKE, Constantine and the Bishops: the Politics of Intolerance*, Baltimore, 2002.

institucionales y políticas dentro del Imperio cambiaron completamente⁴⁵. Sus hijos, especialmente Constante I y Constancio II, ya legislaron abiertamente contra los templos y el paganismo en Occidente (leyes de 342 y 356)⁴⁶, por lo que ésta es la primera ocasión en la que el templo de Jano Bifronte pudo cerrarse, aunque parece poco probable, pues tras la visita del emperador Constancio en 357 a Roma, quedó éste vivamente impresionado por el magnífico aspecto de los templos del Foro, entre ellos seguramente también el que ahora nos ocupa, y parece que desde entonces desistió en su anterior política religiosa, dejando amplia libertad de culto para el paganismo, al menos en el Oeste⁴⁷. Además, casaba bastante bien con su carácter y su política habitual contemporizadora el hecho de querer permanecer a bien con la rica e influyente aristocracia romana, tratando de limar asperezas tras el tenso y desagradable ambiente de suspicacias, desconfianza y reproches surgido tras la sublevación de Nepociano y posteriormente la larga época en la que el usurpador Magnencio controló la ciudad⁴⁸.

Los posibles gestos favorables hacia el Senado de Roma fueron a buen seguro multiplicados por el nuevo soberano, Juliano, tras la muerte de Constancio en 361. Pues no podía éste mirar sin simpatía a un estamento que, aunque no coincidiese plenamente con su visión política, representaba con claridad un tradicionalismo religioso e ideológico que él no consideraba nocivo; es más, eran

45. Los cambios progresivos en la ideología solar de Constantino quedaron así finalmente establecidos. Cf. M. WALLRAFF, *Christus versus Sol. Sonnenverehrung und Christentum in der Spätantike*, Münster, 2001. Aquí es donde debe situarse el verdadero comienzo de la pudiente y nueva aristocracia cristiana, de la que descenderían posteriormente las grandes familias senatoriales de Italia, Hispania y Galia, muy importantes en los reinos bárbaros de los siglos V - VI. Para ese aspecto, A. ALFÖLDI, *The Conversion of Constantine and Pagan Rome*, Oxford, 1998. Véase también la n. 54.

46. Cf. la n. 38.

47. Amiano Marcelino XVI 10, 15 y 17. Curiosamente, justo en este momento histórico, el mismo autor (XVI 10, 1) nos trae a colación la tradicional semblanza y significación del templo de Jano, en un pasaje magistral lleno de ironía, en el que describe con amargura y desaprobación la entrada triunfal, sin verdadero triunfo, de Constancio II en Roma, acompañada de una impresionante parada militar; dice así: “Constancio, como si estuviera ya cerrado el templo de Jano y hubiese sometido a todos los enemigos, desde la muerte de Magnencio, deseaba ardientemente visitar Roma para celebrar allí un triunfo sobre sangre romana y sin ningún título”. Véase también P. M. DUVAL, “La venue à Rome de l’empereur Constance II en 357 d’après Ammien Marcellin”, *Caesarodunum* 5 (1970), pp. 299-304; R. EDBROOKE, “The visit of Constantius II to Rome in 357 and its Effect on the Pagan Aristocracy”, *American Journal of Philology* 97(1) (1976), pp. 40-61.

48. Zósimo II 43, 2-4; Aurelio Víctor 42 7. Véase también B. ENJUTO SÁNCHEZ, “La alteridad femenina en época de Juliano. Algunos cambios en los roles de género”, *Studia Historica* 18 (2000), p. 303.

sin duda otros posibles aliados eventuales, a los que estaba dispuesto a apoyar; una embajada romana de senadores recibida por el nuevo emperador tiempo atrás, fue tratada con excelente cortesía y amabilidad⁴⁹. Juliano, además, restauró el Altar de la Victoria en el edificio del Senado, un acto que a buen seguro despertó hacia él un enorme número de simpatías personales y sinceros agradecimientos⁵⁰. Aunque no estamos en condiciones de asegurarlo, podemos afirmar que, al igual que en todo el resto del Imperio durante su reinado, Juliano tuvo que ocuparse de que los templos de la ciudad de Roma estuviesen abiertos y en perfecto estado, y que cualquier propiedad de los cultos expropiada por y para particulares fuese devuelta al momento, para ser preparada nuevamente para el servicio religioso⁵¹. Juliano

49. Amiano Marcelino XXI 12, 24; este encuentro se produjo, no obstante, justo al comienzo de la guerra corta e incruenta entre Constancio y Juliano, pero a efectos de nuestra argumentación, tal detalle carece de importancia. Para esa época, W. KOCH, *Kaiser Julian der Abtrnnige: Seine Jugend und Kriegsthaten bis zum Tode des Kaisers Constantius, 331-361*, Leipzig, 1899.

50. Parece que el Altar de la Victoria había sido retirado por orden de Constancio II al principio de su reinado en Occidente, posiblemente durante su estancia en Milán de 353-355; esos años coincidieron con una etapa de intensa actividad en el ámbito religioso, con los concilios de Arlés (353) y Roma (355). El emperador, especialmente sensibilizado por sus obispos arrianos, quizá obrase en ese sentido, iniciando una campaña contra la religión romana a nivel gubernamental. Libanio (LXII 10) culpa abiertamente a los monjes, perturbadores, misántropos y criminales, de abusar de la confianza del emperador de turno para atacar, dañar y expoliar ilegalmente propiedades pertenecientes a los santuarios paganos, con la tolerancia y complacencia de los gobernadores y el alto funcionariado cristiano. Cf. Prudencio, *Contra Símaco* II; Símaco, *Informes* III; Ambrosio de Milán, *Cartas* XVIII y el anónimo *Carmen contra paganos*. Edición, traducción y comentario histórico de C. MARTÍNEZ MAZA, Huelva, 2000; véase del mismo modo L. C. RUGGINI, *Il paganesimo romano tra religione e politica (384-394 d. C.): per una reinterpretazione del Carmen contra paganos*, Roma, 1979; J. L. MORENO MARTÍNEZ, "Aurelio Prudencio y el debate sobre el Altar de la Victoria", *Kalakorikos* 7 (2002), pp. 79-102.

51. Cf. Amiano Marcelino XXII 16, 19: "Abrir de nuevo los templos y hacer ofrendas en honor de los dioses". Esta afirmación tampoco asegura que todos los templos estuviesen cerrados; sabemos por las cartas de Juliano y por otros muchos testimonios que estos últimos tuvieron que ser una minoría, y en todo caso su clausura generalmente habría sido precedida por su abandono, aunque a veces fueron arrebatados por la fuerza. De cualquier modo, los cristianos más fanáticos se negaron a devolver al Estado los bienes robados de los templos o las edificaciones ocupadas ilegalmente, por lo que en el forcejeo consiguiente, el excesivo celo de ambos grupos al dispararse las tensiones religiosas provocó alguna trifulca, cuyos muertos fueron inevitablemente elevados por los cristianos a la categoría de mártires; en la misma ciudad de Roma, éste es el caso de un personaje llamado curiosamente Gordiano, muerto en 362 y enterrado junto a la tumba de San

falleció, al igual que Gordiano III, en Persia; su famosa expedición de 363 terminó con la muerte del emperador, y su obra religiosa permaneció también inacabada.

Pese a su bien definido cristianismo, no parece que la situación cambiase en Occidente bajo el reinado del siguiente emperador, Valentiniano I (364-375). Este monarca juzgó entonces conveniente dejar las cosas como estaban, y todos sus súbditos pudieron seguir practicando libremente la religión de su agrado⁵². Su hijo Graciano (367-383), no obstante, fue el primer Augusto que rechazó explícitamente el título de *Pontifex Maximus*, esto es, el de cabeza dirigente de la religión tradicional del Estado, pero no parece que se tomaran demasiadas medidas efectivas respecto al paganismo; el propio Ambrosio de Milán indicará que, tras el reinado de este emperador, los templos paganos estaban abiertos y en funcionamiento en todas las ciudades, con sus fuegos sacros y lámparas de culto encendidas⁵³.

En cambio, durante el reinado de Teodosio I (379-395), consideramos muy probable que al fin medidas efectivas se llevaran a cabo, inmediatamente después de su edicto del 392, y tras la oleada de incendios y destrucciones de templos en Oriente. A buen seguro, la actuación agresiva del emperador contra los cultos tradicionales fue una de las causas principales de la rebelión de Eugenio, que se enseñoreó de Occidente durante dos años. Pero, tras la batalla del Frígido en 394, Teodosio vuelve a controlar de nuevo ambas mitades del Imperio. El senado romano se encontró entonces en una posición embarazosa, por su más que evidente apoyo a la causa del fenecido usurpador; completamente a merced del victorioso emperador cristiano, no tiene otro remedio que acatar órdenes y esperar una incierta clemencia. Fue un tiempo seguramente difícil para muchos senadores especialmente señalados, como Quinto Aurelio Símaco, la última gran figura de la religión tradicional romana que seguía con vida. De este modo, presenciaron en

Epímaco, que a su vez había sido mártir alrededor del año 300, durante el reinado de Maximiano Hércules. El sepulcro se encontraba en la Vía Latina y desde entonces hasta la actualidad ambos santos se veneran juntos.

52. Amiano Marcelino XXX 9, 5, que elogia la medida tolerante del emperador.

53. Ambrosio de Milán, *Cartas* 18, 31. Ciertamente se dieron entonces casos de robos y expoliaciones de templos en Occidente, quizá como una consecuencia lógica de la renuncia abierta del emperador a sus tradicionales titulaciones religiosas paganas, lo que pudo envalentonar a los sectores cristianos más radicales. La ley de Graciano de 378 decreta la apropiación por parte del patrimonio imperial de los altares y lugares secretos de reunión de las otras religiones, pero no se refiere explícitamente a los templos (que no son altares y tampoco son “secretos”), y no quiere decir que los cultos se interrumpiesen, ni que fuesen clausurados los recintos. De hecho en Oriente, donde las edificaciones eran ya propiedad del emperador por ese tiempo, el servicio religioso rural y urbano seguía celebrándose regularmente, según Libanio (XXX 43). La ley conjunta de Graciano, Valente y Valentiniano II del 22 de abril está en *Codex Theodosianus* XVI 5, 4.

realidad y verdaderamente el definitivo desmoronamiento de su mundo. Parece posible que desde este momento, los hijos de los culpables pasasen a convertirse paulatinamente al cristianismo, a cambio de que sus padres recibiesen tácitamente el perdón imperial; ése fue quizás el destino de los hijos de Símaco, Nicómaco Flaviano y con seguridad lo acontecido con el hijo (o los hijos) de Oribasio, médico personal del emperador Juliano, que, precisamente por gozar de la confianza y formar parte del equipo de gobierno de éste, había sido desterrado, aunque en el Imperio de Oriente⁵⁴. El cierre de los templos de Roma pudo comenzar perfectamente en tal momento (394), y proseguir de manera más o menos uniforme durante todo el siglo V, pues ningún sector a nivel gubernamental estaba ya realmente en condiciones de evitarlo. No obstante, como se verá, el cierre de los templos no significó la desaparición de los paganos⁵⁵.

La prohibición de los cultos tampoco fue, no obstante, el fin de la historia para el templo de Jano⁵⁶. Cerrado durante ciento cuarenta años o quizás más, una noticia muy poco conocida de uno de los historiadores principales del siglo VI y uno de los más importantes de toda la época bizantina, Procopio de Cesarea, trae a colación por última vez en la *Antigüedad Tardía* tanto al templo romano en sí como su antiquísimo culto, convirtiéndolo en un punto importante dentro del apasionante

54. B. BALDWIN, "The career of Oribasius", *Acta Classica* XVIII (1975), pp. 85-97; M. R. SALZMANN, *The Making of a Christian Aristocracy. Social and Religious Change in the Western Roman Empire*, Cambridge, 2002. Recordemos que Nicómaco Flaviano, que había participado personalmente en la batalla del Frígido luchando en el ejército "pagano" de Eugenio, decidió suicidarse tras la derrota, que le privaba totalmente de cualquier mínima esperanza con respecto a la restauración de la religión romana.

55. Hoy tal dato está perfectamente comprobado; Cf. M. VALLEJO GIRVÉS, "Tradiciones y pervivencias paganas en el Imperio Bizantino: el posicionamiento de Justiniano", *Antigüedad y Cristianismo* XIV (1997), pp. 217-228. Véase también la n. 24.

56. Existe una mención más acerca de nuestro tema en Claudiano VI 638-639; se trata del *Panegírico en honor del sexto consulado del emperador Honorio* (año 404), y en la obra de este poeta pagano, plagada siempre de reminiscencias clásicas, se habla de la paz que reinaba en ese momento, pues "*Jano aprisiona la guerra tras sus siempre cerradas puertas*". Por supuesto, esta figura literaria no puede ser tomada al pie de la letra, como una indicación del estado del templo en el reinado de Honorio, aunque es posible que fuese dicho emperador, junto con su padre Teodosio, quienes lo clausurase "definitivamente"; resulta curioso, de cualquier modo, comprobar como el poeta menciona este hecho particular en su presencia. Cf. A. LIPPOLD, *Theodosius der Große und seine Zeit*, München, 1980; E. JÖRG, *Princeps Christianus und Kaiser aller Römer Theodosius der Grosse im Lichte zeitgenössischer Quellen*, Paderborn, 1998; R. L. TESTA, *Senatori, popolo, papi: il governo di Roma al tempo dei Valentiniani*, Bari, 2004.

tema de la pervivencia del paganismo⁵⁷. En pleno año 536, en los tiempos de Belisario, con las fuerzas bizantinas guerreando por Italia en todo su apogeo, durante el asedio ostrogodo de la ciudad de Roma, descrito en la *Guerra Gótica* con gran destreza y profusión de detalles, un grupo desconocido de personas, partidarios y practicantes de la Antigua Religión, trató de llegarse hasta el templo de Jano, de noche y en completo secreto, para abrir las puertas⁵⁸. Procopio informa del intento y de que no lograron su cometido, pero indica también que tales personas jamás pudieron ser descubiertas/apresadas, ya que tampoco se abrió investigación alguna, algo muy comprensible, si se sopesa el tremendo estado de tribulaciones y padecimientos por el que atravesaba la ciudad entera, cercada y torturada por el hambre: Existían entonces problemas mucho más tangibles y acuciantes. Aunque el pasaje incluye una laudatoria alabanza al emperador Justiniano, su defensa de la Ortodoxia y su política religiosa marcadamente anti-pagana, es fácil preguntarse por qué el historiador sacó a colación este hecho, aparentemente insignificante, dentro de los grandes acontecimientos de su época. Sin duda, tal cosa añade un punto más de interés sobre el encendido debate académico acerca de la religión/religiosidad de Procopio y su posible paganismo o *criptopaganismo*, muy al estilo del que sería uno de los principales personajes históricos de sus obras, Juan de Capadocia⁵⁹.

57. Cf. La abundante y excelente obra sobre este aspecto de R. MACMULLEN: *Paganism in the Roman Empire*, London, 1984; *Christianizing the Roman Empire: AD 100-400*, New Haven y London, 1989; *Christianity and Paganism in the Fourth to Eighth Centuries*, Yale, 1997. Véase también J. GEFFCKEN, *The Last Days of Greaco - Roman Paganism*, Amsterdam, 1978; F. W. NORRIS y A. CASIDAY (eds.), *Constantine to c. 600*, Cambridge, 2007.

58. Procopio, *Historia de las Guerras* V 25, 18-19.

59. Este caso, bastante teatral, viene relatado en Procopio, *Historia de las Guerras* I 25, 8-10 (año 532); allí se describe a este personaje como un amigo de magos y hechiceros, con los que solía conversar, adicto a los oráculos y practicante de una extraña creencia que le llevaba a acudir por las noches a templos desiertos, vestido como un sacerdote de religión *Helénica* (pagano), a realizar “rezos impíos”, recitando fórmulas mágicas entre dientes para “someter” la mente del emperador. La inquina y el tinte decididamente siniestro que se impone voluntaria-mente a la narración, resta sin duda algo de credibilidad al conjunto; examinando cada rasgo por separado, en cambio, puede parecer bastante verosímil. Sobre la religión de este historiador bizantino, el estudioso de lo germánico F. DAHN, *Prokopius Von Cäsarea. Ein beitrag zur historiographie der völknerwanderung und des sinkenden romertums*, Berlin, 1865, fue el primero en definirlo claramente como un pagano; por su parte, E. STEIN, *Histoire du Bas - Empire, t. II: de la disparition de l’empire d’Occident à la mort de Justinien (476-565)*, Paris, 1949, pp. 714-715, ve más bien a Procopio como un escéptico, que desdeñaba todas las religiones por igual. En desacuerdo con él y más cercano a Dahn, se encuentra J. A. S. EVANS, *Procopius*. New York, 1972, pp. 111-127,

De cualquier modo, y sin entrar en polémica ociosa, esta noticia nos permite averiguar a ciencia cierta una serie de datos muy valiosos: el edificio del templo de Jano en Roma estaba seguramente envejecido, en mal estado, quizá saqueado por visigodos y vándalos, o por los propios romanos, pero pese a todo, se conservaba aún, y se mantenía en pie; de hecho, no había sido transformado/convertido en iglesia cristiana, lo que nos hace suponer que tanto en las ciudades como en el campo, en fechas tan avanzadas como aquéllas, seguían existiendo templos paganos, que, pese a estar cerrados por la ley y privados de mantenimiento, de algún modo seguían prestando cierto servicio “activo”, aunque sólo fuese por el hecho de su mera presencia; cabe considerar que en lugares menos vigilados, como aldeas, pueblos, aldeaños de las mansiones apartadas, bosques, encrucijadas rurales o veredas, donde las posibilidades de ser descubiertos por los agentes imperiales eran remotas o nulas, la intensidad del culto pagano sería mucho mayor, en los temples y santuarios rurales de menos tamaño y carácter local. De igual modo, puede sugerir la idea de que el templo de Jano estaba con toda probabilidad y efectivamente cerrado, con cadenas o trancas de madera, circunstancia que evitó que los acechadores nocturnos lograsen abrir las puertas; en cualquier caso, es un indicio más de que las autoridades romanas, bizantinas y/o ostrogodas, estaban al corriente de la existencia de grupos de practicantes del paganismo aun dentro de la misma ciudad, por lo que se tomaron las precauciones que consideraron pertinentes para evitar sucesos como éste. Y por último, sirve tal noticia para comprobar que incluso en las ciudades más importantes, muy cristianizadas, seguían existiendo ciertos grupos de personas, posiblemente no muy grandes, que practicaban el paganismo y creían en los dioses, aunque seguramente en secreto.

Tras esta “última aparición” para la posteridad, el templo de Jano tuvo que ser finalmente derruido con la vorágine del tiempo y su inevitable proceso

que si bien admite un cierto fondo pagano en el pensamiento y modo de ser del bizantino, lo define como un cristiano tolerante con amplitud de miras. En contra de Stein, y defendiendo abiertamente el cristianismo de Procopio, se encuentra A. CAMERON, *Procopius and the Sixth Century*, London, 1985. Más recientemente ha tratado el tema A. KALDELLIS, *Procopius of Caesarea: tyranny, history and philosophy at the end of antiquity*, Philadelphia, 2004. Recordemos que este historiador era originario de Cesarea en Palestina, importantísimo centro de administración imperial en el pasado y residencia capital de Maximino Daya como César, de 306 a 308; durante su reinado recibió numerosas embajadas paganas, representantes de ciudades dentro de sus dominios, que le pedían que actuase favoreciendo los cultos locales y en contra de los cristianos, a los que se quería expulsar, o en su defecto privar del derecho a reunión. Aun considerando la fecha de nacimiento de Procopio, entorno a 490, no sería descabellado considerar la posibilidad de que se hubiese conservado cierto estrato residual de paganismo urbano en aquellos territorios, muy fuertemente helenizados, que quizá fuera visible en el entorno del autor.

degenerativo, que convirtió la grandiosa Roma Imperial de la Edad Antigua en la desvencijada, casi vacía y esquelética ciudad, plena de escombros y materiales reutilizados, de la Alta Edad Media⁶⁰.

60. Según Gregorio el Grande, (*Diálogos* II 15, 3) Roma era, ya en el año 593, “un montón crujiente de piedras en ruinas”. Cf. J. M. H. SMITH (ed.), *Early medieval Rome and the Christian West: essays in honour of Donald A. Bullough*, London, 2000; para esa época véase E. J. EKONOMOU, *Byzantine Rome and the Greek popes: Eastern influences on Rome and the papacy from Gregory the Great to Zacharias, A.D. 590-752*, Dunham, 2007.